

Vasili Grossman
Todo fluye
Traducción de Marta Rebón
Nota de lectura

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: Bibliografía. Notas de lectura, Reseña
Fecha de Publicación: 20/09/2026 y 28/10/2026
Número de páginas: 9
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del
Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS), bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

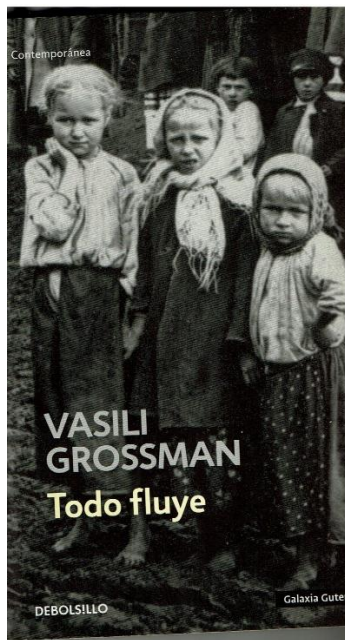
www.cedcs.org
info@cedcs.eu

Vasili Grossman

Todo fluye

Traducción de Marta Rebón

Barcelona, 2010, Random House Mondadori



DEBOLSILLO Contemporánea

«Una gran novela iluminada de principio a fin por esa emocionante capacidad de Grossman para encontrar y rescatar migajas de humanidad hasta en las situaciones más inhumanas ... Vasili Grossman terminó de redactar *Todo fluye* poco antes de su muerte: no pudo dejarnos mejor testamento.»

Almudena Guzmán, *ABCD las artes y las letras, ABC*

Todo fluye cuenta la historia de Iván Grigórievich, que regresa a Rusia después de pasar treinta años en el gulag. Tras unas cuantas visitas cortas e insatisfactorias a lugares y personas conocidas en Moscú y Leningrado, Iván se establece en un pueblo del sur, en la provincia, donde empieza una nueva vida con una viuda de guerra. Tiempo después, volverá a su hogar de juventud en el Mar Negro, donde al fin podrá reconciliarse con la inhumanidad del nuevo régimen soviético.



VASILI GROSSMAN (1905-1964) fue un escritor y periodista soviético. Durante la Segunda Guerra Mundial cubrió la batalla de Stalingrado, una experiencia que plasmó literariamente casi dos décadas después en *Vida y destino*, su obra maestra.

Traducción de Marta Rebón

PVP C
ISBN 978-84-9908-173-1



9 788499 081731

DISEÑO: RANDOM HOUSE MONDADORI / YOLANDA ARTOLA
FOTOGRAFÍA: © KEYSTONE FRANCE / EYEDea / CONTACTO
FOTOGRAFÍA DEL AUTOR: IMAGEN CEDIDA POR ANDREW NURNBERG ASSOCIATES

www.debolsillo.com www.megustaleer.com

Una novela tristísima y terrible, de una belleza singular en su sencillez argumental, y que adopta maneras de ensayo, casi panfleto, en la parte final; evoca las grandes purgas de Stalin de los años veinte y treinta del siglo XX, así como el drama de la “deskulakización” del campo ruso o de las hambrunas ucranianas y la brutal cotidianidad de los campos siberianos con sus colonias de presos políticos y comunes. Vasili Grossman (1905-1964), periodista ucraniano de origen judío, fue escritor de éxito y periodista admirado y querido en la Rusia soviética; sus artículos en la prensa rusa sobre Stalingrado, o la entrada en Berlín

una vez vencido el nazismo, así como el descubrimiento de Treblinka como campo de exterminio nazi son fundamentales, e incluso su testimonio sobre Treblinka fue utilizado en los procesos de Nuremberg como una prueba más de la barbarie nazi.

La política de los últimos años de Stalin, parecida a la nazi en lo referente a su antisemitismo, le distanció de la conformidad que había mantenido con la realidad soviética, aunque su popularidad y la de sus novelas y escritos siguió siendo grande. Tras Stalin, mejoró el trato que le dispensó el poder, aunque su novela más ambiciosa, *Vida y destino*, fue considerada antisoviética en la época de Nikita Jruschov y prohibida su publicación por la crudeza a la hora de analizar la realidad del país. Su publicación en el extranjero, en Suiza, se pudo hacer tras su muerte y después de una novelesca aventura para salvar el original que la disidencia rusa consiguió microfilm de una copia secundaria conservada. Hasta la “perestroika” no se pudo publicar tanto *Vida y destino* como *Todo fluye*, su última obra, en Rusia.

En *Todo fluye* argumento y personajes se simplifican al máximo, casi meros esbozos narrativos, y cobra la máxima fuerza el discurso apasionado, con tintes panfletarios incluso, pero que podría considerarse también como “ensayo histórico”, o “histórico-sociológico”, si no “historia cultural” sin más. Una suerte de pesimismo del autor en su plena madurez intelectual y vital, que le conduce a certezas tan terribles como esta (p.241):

“El aplastamiento implacable de la personalidad,
la subordinación servil de la persona al soberano y al Estado
acompaña de forma obsesiva la historia milenaria de Rusia”.

Un “pesimismo histórico” que impregna de tal manera su pensamiento en el momento final de su vida – su corta vida, por otro lado, pues no llega a los 60 años – y su creación literaria, que la visión mesiánica de aquellos hombres que consiguieron realizar una revolución redentora y de trascendencia global, la ve distorsionada por el propio titánico esfuerzo de su realización o de su éxito, tal vez (p.208):

Habían destruido el viejo mundo y aspiraban a uno nuevo
que aún no habían construido. Los corazones de esos hombres,
que habían inundado la tierra de tanta sangre, que habían odiado
con tanto ardor, estaban infantilmente privados de rencor: corazones
de fanáticos, tal vez de dementes.
Odiaban por amor.

Mundo viejo destruido y mundo nuevo ideal que aún no había mostrado sus formas: espacio temporal ideal para los fenómenos anómicos. Como ese “odiar por amor”. Pero esa nueva distorsión, en este caso geográfico-histórica, que aquel fenómeno histórico se hubiera realizado en la vieja Rusia, tal vez, estaba en la base de la tragedia misma de los resultados (p.225):

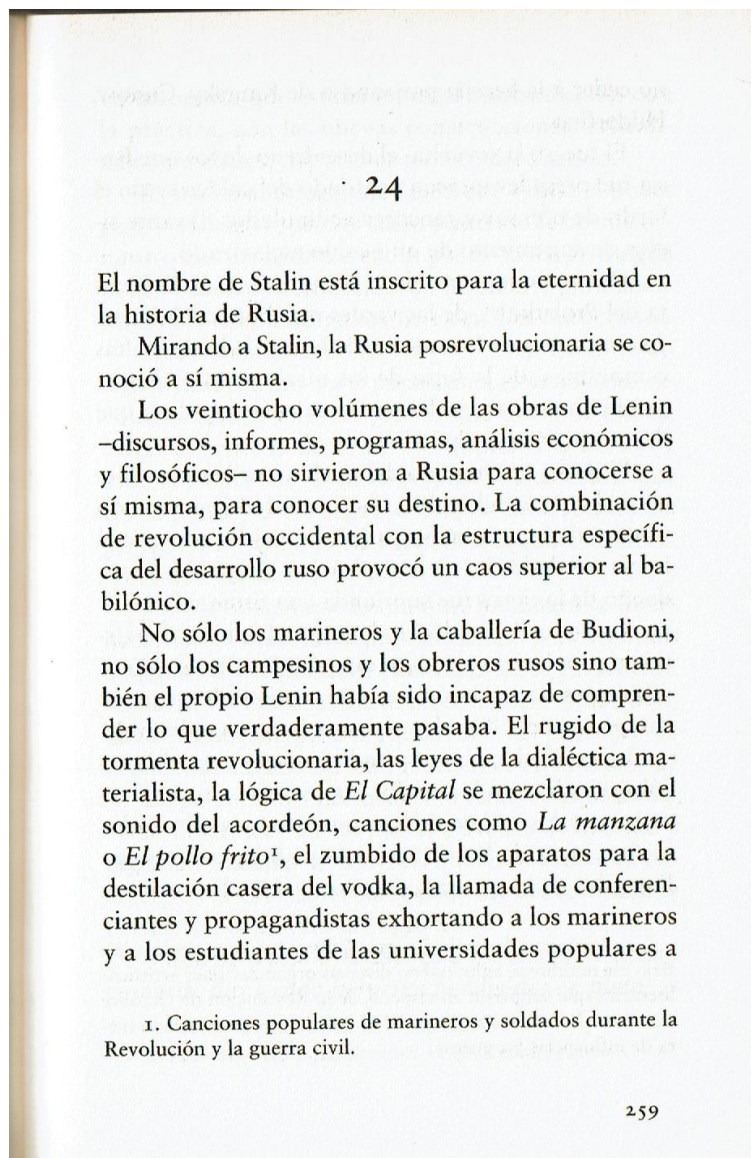
El terror y la dictadura devoraron a aquellos

que habían puesto los cimientos. Y el Estado, que parecía ser un medio, resultó ser un fin.

Esas reflexiones tremendas que Vasili Grossman considera la verdad, la realidad por lo tanto, invaden la novela y destrozan, de alguna manera, el proyecto narrativo, hacen que todo – narración, personajes, novela misma – sea secundario ante la potencia de lo que siente que, como escritor, debe decir. Y lo hace, de alguna manera. De ahí esa novela que deviene “historia cultural”, “ensayo histórico-sociológico”, si no panfleto o libelo casi emocionante.

Iván Grigórievich, el hombre que vuelve a una Rusia que casi desconoce después de años de destierro y prisión, es disculpa para dejar oír la voz de su alter ego, Vasili Grossman, más airada que la casi piadosa del personaje novelístico Iván...

Unas páginas, el capítulo 24 – la novela son 27 – son suficientes para mostrar el aire dominante de este “testamento” de Grossman, de alguna manera.



no ceder a la herejía ponzoñosa de Kautsky, Cunow, Hilderfing.

El fuego, la revuelta, el desenfreno de los que Rusia fue presa levantaron del fondo del caldero ruso el fardo de ofensas y rencores acumulados durante siglos de sufrimiento de un pueblo esclavizado.

Del romanticismo de la Revolución, de la locura del Proletkult¹, de las verdes repúblicas del aguardiente casero, de la temeridad ebria y de las revueltas campesinas, de la furia de los marineros del *Almaz* surgió un nuevo y poderoso intendente de policía que Rusia nunca antes había visto.

El deseo apasionado del pueblo por hacerse dueño de la tierra cultivable, que Lenin había entendido y estimulado, era incompatible con el Estado que él había fundado. La vieja aspiración del pueblo a ser dueño de la tierra fue suprimida con firmeza.

En 1930 el Estado fundado por Lenin se convirtió en propietario absoluto de todas las tierras, aguas y bosques de la Unión Soviética, privando así a los campesinos del derecho a poseer la tierra cultivable.

La confusión, las contradicciones y la niebla no sólo reinaban en los nudos ferroviarios, los embarcaderos y los techos de los convoyes, no sólo en las aspiraciones de los campesinos y en las cabezas inflamadas de los poetas, sino también en la teoría re-

1. Acrónimo de *Proletárskaya Kultura* [Cultura proletaria]. Bajo ese nombre se aglutinaban diversas organizaciones artístico-literarias que surgieron en vísperas de la Revolución de Octubre con el fin de desarrollar la actividad artística del proletariado fuera de influencias burguesas.

volucionaria que estaba en total contradicción con la práctica, con las nuevas construcciones, cristalinamente claras, del primer teórico del Partido.

El principal eslogan de Lenin era «Todo el poder para los sóviets», pero el curso posterior de la vida demostró que los sóviets creados por él no tenían ningún poder y nunca lo tendrían: son instancias puramente formales, simples órganos de ejecución burocrática.

Todo el entusiasmo teórico del joven Lenin se dirigió a la lucha contra el populismo, el socialismo revolucionario, a intentar probar que Rusia no podría evitar el proceso de desarrollo capitalista. En 1917 todo el empuje de Lenin se empleó en demostrar que Rusia podía y debía seguir el camino de la revolución proletaria evitando la vía capitalista ligada a las libertades democráticas.

¿Podía imaginarse Lenin que, fundando la Internacional Comunista y proclamando en el segundo congreso del Komintern el eslogan de la revolución mundial, «Proletarios del mundo, uníos», estaba abonando el terreno para un desarrollo del principio de la soberanía nacional sin precedentes en la historia?

La potencia del nacionalismo estatal y el nacionalismo desaforado de las masas privadas de libertad y dignidad humana se convirtieron en la principal palanca, en la cabeza termonuclear del nuevo orden, y decidieron el destino del siglo xx.

Stalin hizo sentar la cabeza a la Rusia posrevolucionaria, dio a cada hermana pendientes de plata¹, y

1. Proverbio ruso que significa «a cada cual, lo suyo».

a los que no consideraba dignos de llevar pendientes se los arrancó al mismo tiempo que las orejas o la cabeza.

El Partido bolchevique estaba destinado a ser el Partido del Estado nacional. La fusión del Partido y el Estado encontró su expresión en la persona de Stalin. En el carácter, en el espíritu, en la voluntad de Stalin el Estado manifestó su carácter, su voluntad, su inteligencia.

Stalin parecía construir a su propia imagen y semejanza el Estado fundado por Lenin. Pero no era así, naturalmente: era la imagen de Stalin la que estaba hecha a semejanza del Estado y precisamente por eso se convirtió en el amo.

Pero está claro que, a veces, especialmente al final de su vida, creyó que el Estado era su servidor.

En el carácter de Stalin, en el que el asiático se fundía con el marxista europeo, se expresaba el carácter del sistema estatal soviético. ¡Sí, el sistema estatal! Lenin encarnaba el principio nacional ruso histórico, Stalin, el sistema estatal ruso soviético. El sistema estatal ruso —nacido en Asia, pero vestido en Europa— no es histórico sino suprahistórico.

Su principio es universal, inquebrantable, aplicable a todos los regímenes de Rusia a lo largo de su historia milenaria. Con ayuda de Stalin, categorías revolucionarias tales como dictadura, terror, lucha contra las libertades burguesas —heredadas de Lenin y que éste consideraba categorías temporales y transitorias— se transformaron en la base, el fundamento y la esencia, se aliaron con la esclavitud rusa tradi-

cional, nacional, milenaria. Con la ayuda de Stalin, esas categorías se convirtieron en la sustancia del Estado mientras que las reminiscencias socialdemocráticas quedaron relegadas a la forma, a decorado de teatro.

Stalin reunió en sí todos los rasgos de la Rusia de servidumbre que ignoraba la piedad hacia los seres humanos.

En su increíble crueldad, en su increíble perfidia, en su capacidad de fingir y aparentar, en su carácter rencoroso y vengativo, en su grosería y su humor, se vislumbraba al tirano asiático.

En sus conocimientos de las doctrinas revolucionarias, en el uso de la terminología del Occidente progresista, en el conocimiento de la literatura y el teatro, apreciado por la *intelligentsia* democrática rusa, en sus citas de Gógol y Schedrín, en su habilidad para utilizar los más refinados procedimientos de la conspiración, en su amoralidad se expresaba el revolucionario de tipo Necháyev para quien el fin justifica los medios. Pero Necháyev se habría estremecido al ver hasta qué monstruoso extremo Iósif Stalin había desarrollado el *nechayevismo*.

Su confianza en el burocratismo y en la fuerza policial, fuerza principal de la vida, su secreta pasión por los uniformes y las condecoraciones, su desprecio sin parangón hacia la dignidad humana, su divinización del funcionariado y la burocracia, su disposición a matar a un ser humano en nombre del texto sagrado de la ley para, inmediatamente después, despreciar la ley con una arbitrariedad monstruosa, to-

dos estos aspectos componen un personaje policial, un gendarme.

El carácter de Stalin estaba compuesto por la unión de tres personajes.

Esos tres Stalin fueron los que crearon el sistema estatal estalinista, un sistema en el que la ley es sólo un instrumento de la arbitrariedad y la arbitrariedad es la ley; un sistema que hunde sus raíces milenarias en la servidumbre, que transformó a los *mujiks* en esclavos, sujetos al yugo tártaro; un sistema que transformó en esclavos a aquellos que reinaban sobre los *mujiks*; un sistema estatal que limita por un lado con el Asia páfida, vengativa, hipócrita y cruel, y por otro con la Europa ilustrada, democrática, mercantil y sobornable.

Ese asiático con botas de cabritilla —que cita Schadrín y que vivía según las leyes de la venganza sanguinaria, y que empleando el vocabulario de la Revolución, introdujo claridad en el caos de Octubre— realizó y expresó su propio carácter en el carácter del Estado.

Y el Estado que él construyó tuvo como principio elemental ser un Estado sin libertad.

En este país las fábricas gigantescas, los mares artificiales, los canales, las centrales hidroeléctricas no sirven al hombre sino al Estado sin libertad.

En este Estado el hombre no siembra lo que quiere sembrar, el hombre no es propietario de los campos que trabaja, no es dueño de los manzanos y la leche; la tierra da frutos siguiendo las instrucciones del Estado, sin libertad.

264

En este Estado, no sólo los pequeños pueblos, tampoco el pueblo ruso tiene libertad nacional. Allí donde no hay libertad humana no puede haber libertad nacional, ya que la libertad nacional es sobre todo libertad del hombre.

En este Estado no hay sociedad, puesto que la sociedad se basa en la libre intimidad y en el libre antagonismo de la gente, y en un Estado sin libertad, libertad de intimidad y libertad de antagonismo son inconcebibles.

El principio milenario según el cual el desarrollo de la cultura, la ciencia y la potencia industrial se obtenía a la par que crecía la ausencia de libertad —principio puesto en práctica por la Rusia de los boyardos, Iván el Terrible, Pedro el Grande y Catalina II— alcanzó su victoria plena con Stalin.

Y es verdaderamente sorprendente que Stalin, aun habiendo aniquilado por completo la libertad, siguiera teniéndole miedo. Tal vez fuese aquel miedo el que hizo que Stalin mostrara una hipocresía sin precedentes.

La hipocresía de Stalin expresaba claramente la hipocresía de su Estado. La expresaba sobre todo en su manera de jugar a la libertad. ¡El Estado no ocupó sobre la libertad muerta! El contenido infinitamente precioso, vivo, radiactivo de la libertad y de la democracia fue asesinado y transformado en un animal disecado, en cáscara de palabras. Los salvajes a cuyas manos van a parar delicadísimos sextantes y cronómetros, ¿acaso no los utilizan como adornos?

265

Así pasó con la libertad. La libertad asesinada se convirtió en un ornamento para el Estado, pero un ornamento que no era inútil. La libertad muerta se convirtió en el primer actor de una gigantesca puesta en escena, de una representación teatral de unas dimensiones jamás antes vistas. El Estado sin libertad creó una maqueta del parlamento, las elecciones, los sindicatos, una maqueta de la sociedad y la vida pública. En aquel Estado sin libertad las maquetas de las direcciones de los koljoses, de las direcciones de las uniones de escritores y pintores, las maquetas de los presidiums de los comités ejecutivos regionales y de distrito, las maquetas de los despachos y las sesiones plenarias de los comités de distrito, regionales y centrales de los partidos comunistas nacionales, discutían las cuestiones y tomaban decisiones ya decididas de antemano en otro lugar. Incluso el presidium del Comité Central del Partido era un teatro.

Ese teatro estaba presente en el carácter de Stalin. Y estaba igualmente presente en el carácter de aquel Estado sin libertad. He aquí la razón por la cual el Estado necesitaba un Stalin que, a través de su propio carácter, realizara el carácter del Estado.

¿Qué era realidad y qué teatro? ¿Quién tomaba decisiones de verdad y no hacía como que las tomaba?

La fuerza real era Stalin. Era él quien decidía. Pero naturalmente, no podía decidir personalmente todos los problemas del Estado: ¿había que concederle unas vacaciones a la maestra Semiónova?

266

¿Qué había que sembrar en el koljós Aurora, guisanos o col?

Pues bien, el principio del Estado sin libertad exigía que fuese Stalin el que decidiera todas las cuestiones sin excepción. Pero era materialmente imposible, y eran los hombres de confianza de Stalin los que decidían las cuestiones secundarias y siempre de la misma manera: guiados por el espíritu de Stalin.

Sólo por esta razón eran los hombres de confianza de Stalin, o los hombres de confianza de sus hombres de confianza. Sus decisiones tenían un rasgo en común: fuera cual fuese la cuestión sobre la cual debían pronunciarse, ya se tratara de la construcción de una central hidroeléctrica en el curso inferior del Volga o del envío de la ordeñadora Aniuta Feoktistova a un curso de dos meses, todo se decidía según el espíritu de Stalin. Y lo esencial era que el espíritu de Stalin y el espíritu del Estado eran una sola cosa.

Los hombres de confianza de Stalin se reconocían al instante, en cualquier reunión, asamblea, sesión o congreso: nadie discutía nunca con ellos por que ellos hablaban en nombre de Stalin.

El hecho de que el Estado sin libertad actuara siempre en nombre de la libertad y de la democracia, que tuviese miedo de dar un paso sin mencionarla, atestigua la fuerza de la libertad. Stalin temía a poca gente pero constantemente, hasta el fin de sus días, le tuvo miedo a la libertad. Después de haberla matado, adulaba su cadáver.

Es errónea la opinión de que lo que ocurrió durante la colectivización total y bajo Yezhov fue la ma-

267

nifestación delirante de un poder sin límites ni control ejercido por un hombre cruel.

En realidad, la sangre derramada en 1930 y 1937 era indispensable para el Estado. Como decía Stalin, esa sangre no fue derramada en balde. Sin esa sangre el Estado no habría sobrevivido. La no libertad derramó esa sangre para vencer a la libertad. Es una vieja historia. Comenzó en tiempos de Lenin.

La libertad fue vencida no sólo en el terreno de la política y la actividad pública. La libertad fue aplastada en la agricultura: en el derecho a sembrar y cosechar libremente; fue vencida en la poesía o la filosofía, en el oficio de zapatero, en los círculos de lectura, en los cambios de domicilio, en el trabajo de los obreros cuyas normas de producción, condiciones de seguridad técnica y de salario se determinaban únicamente según la voluntad del Estado.

La ausencia de libertad triunfó plenamente, desde el océano Pacífico hasta el mar Negro. Estaba en todas partes y en todas las cosas. Y en todas partes y en todas las cosas la libertad había sido asesinada.

Fue una ofensiva victoriosa que era imposible llevar a cabo sin derramar mucha sangre: la libertad es vida y, matando la libertad, Stalin mataba la vida.

El carácter de Stalin se expresó en los gigantescos planes quinquenales; esas pirámides retumbantes del siglo xx que correspondían a los palacios y los monumentos suntuosos de la antigüedad asiática y que cautivaban el alma de Stalin. Esas gigantescas construcciones no servían al hombre, así como los gigantescos templos y las mezquitas tampoco servían a Dios.

268

El carácter de Stalin se manifestó con una fuerza particular en la actividad de los órganos de seguridad creados por él.

Las torturas durante los interrogatorios, la actividad destructora de la *oprichnina*¹ que tenía como misión aniquilar no sólo a las personas sino también las clases sociales, los métodos policiales que no dejaron de evolucionar desde Maliuta Skurátov² hasta el conde Benckendorff³ encontraron sus equivalentes en el alma de Stalin, en las actividades del aparato represivo creado por él.

Pero sin duda esos equivalentes fueron particularmente funestos porque en la naturaleza de Stalin el principio revolucionario ruso iba estrechamente unido al principio de la policía secreta rusa, desenfrenada y todopoderosa.

Esa fusión de revolución y policía, que se había obrado en la naturaleza de Stalin y se había reflejado en los órganos de seguridad que él mismo creó, tenían su prototipo en el Estado ruso.

La asociación de Degáyev –intelectual, miembro de *Naródnaya Volia* y posteriormente agente de la Ojrana– con el entonces jefe de la policía, el coronel

1. Cuerpo de policía estatal que instauró un régimen de terror, creado por Iván el Terrible.

2. Maliuta Skurátov (¿-1573), uno de los líderes más odiados de la *oprichnina*. En 1570 llevó a cabo una expedición punitiva a Nóvgorod que se saldó con el asesinato de miles de ciudadanos sospechosos de traición.

3. Jefe de la Tercera Sección de la Cancillería imperial, policía política creada por Nicolás I.

269

nifestación delirante de un poder sin límites ni control ejercido por un hombre cruel.

En realidad, la sangre derramada en 1930 y 1937 era indispensable para el Estado. Como decía Stalin, esa sangre no fue derramada en balde. Sin esa sangre el Estado no habría sobrevivido. La no libertad derramó esa sangre para vencer a la libertad. Es una vieja historia. Comenzó en tiempos de Lenin.

La libertad fue vencida no sólo en el terreno de la política y la actividad pública. La libertad fue aplastada en la agricultura: en el derecho a sembrar y cosechar libremente; fue vencida en la poesía o la filosofía, en el oficio de zapatero, en los círculos de lectura, en los cambios de domicilio, en el trabajo de los obreros cuyas normas de producción, condiciones de seguridad técnica y de salario se determinaban únicamente según la voluntad del Estado.

La ausencia de libertad triunfó plenamente, desde el océano Pacífico hasta el mar Negro. Estaba en todas partes y en todas las cosas. Y en todas partes y en todas las cosas la libertad había sido asesinada.

Fue una ofensiva victoriosa que era imposible llevar a cabo sin derramar mucha sangre: la libertad es vida y, matando la libertad, Stalin mataba la vida.

El carácter de Stalin se expresó en los gigantescos planes quinquenales; esas pirámides retumbantes del siglo xx que correspondían a los palacios y los monumentos suntuosos de la antigüedad asiática y que cautivaban el alma de Stalin. Esas gigantescas construcciones no servían al hombre, así como los gigantescos templos y las mezquitas tampoco servían a Dios.

268

El carácter de Stalin se manifestó con una fuerza particular en la actividad de los órganos de seguridad creados por él.

Las torturas durante los interrogatorios, la actividad destructora de la *oprichnina*¹ que tenía como misión aniquilar no sólo a las personas sino también las clases sociales, los métodos policiales que no dejaron de evolucionar desde Maliuta Skurátov² hasta el conde Benckendorff³ encontraron sus equivalentes en el alma de Stalin, en las actividades del aparato represivo creado por él.

Pero sin duda esos equivalentes fueron particularmente funestos porque en la naturaleza de Stalin el principio revolucionario ruso iba estrechamente unido al principio de la policía secreta rusa, desenfrenada y todopoderosa.

Esa fusión de revolución y policía, que se había obrado en la naturaleza de Stalin y se había reflejado en los órganos de seguridad que él mismo creó, tenían su prototipo en el Estado ruso.

La asociación de Degáyev –intelectual, miembro de *Naródnaya Volia* y posteriormente agente de la Ojrana– con el entonces jefe de la policía, el coronel

1. Cuerpo de policía estatal que instauró un régimen de terror, creado por Iván el Terrible.

2. Maliuta Skurátov (¿-1573), uno de los líderes más odiados de la *oprichnina*. En 1570 llevó a cabo una expedición punitiva a Nóvgorod que se saldó con el asesinato de miles de ciudadanos sospechosos de traición.

3. Jefe de la Tercera Sección de la Cancillería imperial, policía política creada por Nicolás I.

269

Sudeikin, tuvo lugar en los años en que Iósif Dzhu-gashvili¹ era aún un niño; éste fue el prototipo de aquella alianza monstruosa.

Sudeikin, hombre astuto, escéptico, que conocía bien y apreciaba la fuerza revolucionaria de Rusia y contemplaba con aire burlón la mezquindad del zar y sus ministros para los que trabajaba, utilizó a Degáyev con fines policiales. Degáyev, miembro de Narodnaya Volia, sirvió al mismo tiempo a la Revolución y a la policía.

Pero los planes de Sudeikin no estaban destinados a cumplirse. Quería aprovecharse de la Revolución, primero favoreciéndola, después propagando infundios, montando falsos complotos; asustaría al zar, alcanzaría el poder, se convertiría en dictador. Y una vez llegara a la cabeza del Estado, destruiría por completo la Revolución. Pero sus sueños insolentes no se realizaron. Degáyev mató a Sudeikin.

Fue Stalin quien venció. Dentro de su victoria vivía, en un rincón, a escondidas de todo el mundo y de él mismo, la victoria que Sudeikin había soñado: atar al carro del Estado dos caballos, la Revolución y la policía secreta.

Stalin, que había nacido de la Revolución, ajustó cuentas con los revolucionarios y con la Revolución con ayuda del aparato policial.

Tal vez la manía persecutoria que tanto lo atormentaba provenía del miedo secreto de Sudeikin a Degáyev, oculto en su subconsciente. Aun domado y

1. Verdadero nombre de Stalin.

sujeto a la Tercera Sección, el revolucionario de Narodnaya Volia inspiraba terror al coronel de la policía. Y lo más espantoso es que los dos, Sudeikin y Degáyev —amigos, enemigos, traicionándose entre sí—, vivían juntos en las tinieblas estrechas del alma de Stalin.

Tal vez allí, o no muy lejos de allí, se halle la explicación a uno de los enigmas que más desconcertó a los hombres que vivieron los acontecimientos de 1937: ¿para qué hacía falta, al destruir a gente inocente, devota de la Revolución, elaborar detalladísimos guiones, falsos de principio a fin, sobre su participación en complotos inventados, inexistentes?

Con atroces torturas, que se prolongaban durante días, semanas, meses y a veces años, los órganos de seguridad obligaban a desdichados contables, ingenieros o agrónomos al límite de sus fuerzas a participar en representaciones teatrales, a interpretar el papel de los malos, agentes del extranjero, terroristas, saboteadores.

¿Para qué hicieron todo eso? Millones de personas se lo han preguntado millones de veces.

Después de todo, Sudeikin, cuando preparaba sus puestas en escena, se proponía engañar al zar. Pero Stalin no tenía necesidad de engañar al zar porque él era el zar.

Sí, es cierto, y sin embargo Stalin aspiraba a engañar a aquel zar que, muy a su pesar, invisible, vivía en la secreta oscuridad de su alma.

El invisible señor y soberano de su alma continuaba viviendo en todas partes, allí donde aparentemente

te la ausencia de libertad triunfaba plenamente. Sólo él logró aterrorizar a Stalin hasta el fin de sus días.

Y hasta el fin de sus días Stalin fue incapaz, ni siquiera con su sanguinaria violencia, de acabar con la libertad, aquella libertad en nombre de la cual había empezado la Revolución rusa de Febrero.

Y el asiático que vivía en el alma de Stalin se esforzaba en engañar a la libertad, usaba astucias contra ella y se desesperaba por no poder liquidarla.

Después de la muerte de Stalin, la obra de Stalin no murió, de la misma manera que no había muerto, en su momento, la obra de Lenin.

El Estado sin libertad construido por Stalin aún vive. La potencia de la industria, de las fuerzas armadas, de los órganos represivos todavía está en manos del Partido. La ausencia de libertad impera, como antes, de mar a mar. La *ley del teatro* no ha sufrido el más mínimo tambaleo, lo invade todo: el sistema electoral funciona del mismo modo, los sindicatos obreros siguen encadenados como esclavos; los campesinos están privados de libertad y de pasaporte interno, la *intelligentsia* del gran país trabaja, hace ruido, zumba diligentemente en las antecámaras del poder. El Estado se gobierna apretando un botón, y el poder de la persona que presiona el botón es ilimitado.

Pero, naturalmente, han cambiado muchas cosas. No podían no cambiar, era inevitable.

El Estado sin libertad ha entrado en su tercera fase: Lenin lo fundó, Stalin lo construyó y ahora, en la tercera fase, se ha puesto en marcha, como dicen los constructores.

Muchas cosas que eran necesarias durante la fase de construcción se han vuelto inútiles. Ha pasado el tiempo en que lo más importante era demoler las ca-

Y finalmente, una nota biográfica de Grossman:

Vasili Grossman nació en 1905, en Berdichev, en la actual Ucrania. Durante la Segunda Guerra Mundial trabajó de reportero para el *Krasnaya Zvezda*, el periódico oficial del Ejército Rojo. Cubrió la batalla de Stalingrado y fue el primero en dar a conocer al mundo la existencia de los campos de exterminio nazis. Su obra cumbre, *Vida y destino*, fue considerada una amenaza para el régimen soviético, tan peligrosa que no solo fue prohibida sino que se confiscaron incluso las cintas de la máquina de escribir en la que había sido redactada. Grossman no llegó a verla publicada, pues murió en Moscú en 1964, sumido en el ostracismo, poco después de terminar el manuscrito de *Todo fluye*, novela que podría considerarse su testamento literario. En 1980, gracias a una copia del manuscrito que pudo ser recuperada, *Vida y destino* se editó en Suiza, tras lo que se convirtió inmediatamente en una obra literaria de referencia mundial.